

haber matado á su padre, creíase con su partido en pago completo después de su proceder en Farsalia, donde peleó hasta el instante último por sus instituciones predilectas. Pero, cumplido esto, aceptó de un vencedor tan generoso como César gobiernos y cargos, por indiferencia, por mera indiferencia. ¡Qué temeroso enemigo interno tenía el pensamiento de Porcia en la complexión de Bruto! Pues aun tenía mayor enemigo externo en la persona de Servilia. No parecía hermana de Catón ésta. Al irse de su hogar se había ido de sus ideas y de sus ejemplos. La preferencia que le mostró César en toda su vida, sacábala de tino. Así la muerte de su hermano le parecía un acto de locura, y como acto de locura la presentaba siempre á su hijo Bruto en ausencia de su nuera Porcia. Lo conveniente para Bruto y lo conveniente para su patria, según su sentir, era sacar las mayores ventajas del cariñoso afecto con que distinguía el vencedor á toda la familia. Mientras en Porcia reinaba un estoicismo profundo, en Servilia un epicureísmo instintivo. El vivir bien, el vivir gozando los favores de César, el vivir al frente de un gobierno en provincias ó de un tribunal en Roma, era todo el horizonte por la fácil Servilia puesto ante los ojos de su hijo, como congruente con toda su historia y digno de la de-

bilidad á que llegara por culpa de todos el antiguo derecho en la nueva Roma. Como había perdido su esposo, inmolado por las victorias de Pompeyo, y había perdido también su hermano por las victorias de César muerto suicida, no sentía gana de indisponerse con vencedor alguno y aconsejaba un buen componer y un buen vivir con todos y para todos. Colocado Bruto entre la idea estoica de su mujer y la idea epicúrea de su madre, no se decidía ni por una ni por otra, gracias al estado de indiferencia en que yacía su alma. Allá, en las abstracciones luminosas de su mente, acaso estaba con Porcia; pero aquí, en las realidades oscuras de su vida, estaba con Servilia. Su mujer lo conocía, pero se reservaba una predicación en el hogar continua para formarle un alma nueva, y formada con empeño, una ocasión suprema que determinase su estallido y erupción.

Vino el triunfo. César había tocado en el Rhin y en el Ródano; había visto, como Aníbal, bajo sus pies, las águilas de los Pirineos y de los Alpes; al percibir la sombra suya no más huían los cimbrios y los ambrones que se atrevieran con Mario; las tribus bárbaras, extendidas desde los lagos helvecios al Océano boreal, enviaban representantes tras su carro; aquel su victorioso puño acababa de quitar las Galias á los druidas y á los pompeyanos

las Españas; de un salto fuera desde Occidente al Oriente, ahuyentadas las tristes supersticiones que circuían el Rubicón y convertida Roma en su manceba; de un golpe colocara su nombre tan alto que ya lo escribían las estrellas en sus elipses y lo pronunciaban las divinidades en sus olimpos; las victorias suyas estaban escritas en los archipiélagos sombríos del Océano y en los rientes del Mediterráneo; llevaban la marca cesarista desde los pictos britanos hasta los sátrapas asiáticos; Grecia le vió vencer en Farsalia; el mar Jónico y Egeo atraerse las escuadras á las manos como fascinadas por sus ojos de serpiente; Alejandría dormir en el tálamo de los Tolomeos con Cleopatra; Utica y Munda vencer á los últimos republicanos; todo esto resultaba en su idea y á sus ojos completamente divino; por consecuencia, se imponía una colosal apoteosis, no como la que tuvieron los vulgares vencedores romanos, como debía soñarla y conseguirla un Dios omnipotente. Aquellas procesiones del Asia, en que iban los déspotas rodeados por razas hechas un ejército nómada, veíanlas nuevamente las calles de Roma, como si al desvanecerse la república se impusiera por sí la idolatría vil á los déspotas y el culto de su despotismo. Algo de lo que hiciera en su tiempo Alejandro repetía César, pero en Alejandro lo excusa la histo-

ria por hallarse todavía en edad moza y entre asiáticos, á quienes debía sojuzgar con los esplendores de aquellas procesiones celestiales. Pero en la edad esta del mundo antiguo, del romano vencedor, del espíritu colectivo, la embriaguez de César solamente se comprende y explica por una demencia que le sorprendiera en las alturas, convirtiendo los últimos días de su vida en verdadero terrible vértigo. Reluciente de oro como un ídolo ninivita; envuelto en púrpuras, á la cuales había dado los varios rojos matices del ocaso; metido dentro de una nube de incienso; puestas las plantas sobre un carro de marfil que parecía un altar ambulante; atronados los oídos de sinfonías é himnos; sobreexcitado por la universal adulación el orgullo desmedido, César se creía capaz de luchar con los dioses como había luchado con los hombres, y de vencer el rigor de la muerte como había vencido los cambios de la fortuna. A sus pies iban los jefes de las Galias y las princesas del Egipto, que le conducían atados desde los dioses del mundo extremadamente bárbaro hasta los dioses del mundo extremadamente civilizado y culto. Los retablos de sus hazañas, puestas en relieve, le seguían muy de cerca. Veíanse ahuyentados los piratas del Ponto; caídos los guardias de Cleopatra; puesto como un trofeo singular entre innume-

rables otros el faro de Alejandría; las imágenes del Danubio, y del Rhin, y del Ebro y del Nilo, realzadas con todos los atributos dados por las mitologías á los ríos, hechos en maderas olorosas, metales preciosos, rica pedrería; los testimonios en el amontonamiento del botín y del despojo de tantas victorias como consiguiera sobre sus enemigos todos del cielo y la tierra. Cuando tras una procesión interminable, que saliendo del campo de Marte y llegando al Capitolio de Roma, trecho cortísimo, duraba horas y horas, el dictador, ahumado por las antorchas y por los sacrificios, aturdido por los clamores fragorosos del pueblo y por los instrumentos músicos de las legiones, subía entre ídolos y sacerdotes las gradas del templo de Júpiter, arrodillado, no parecía un sér natural é histórico, parecía la condensación de los vapores de sangre que un millón de hombres vertiera para tomar desquite de Roma y castigarla con la imposición del despotismo de Asia. ¡Qué procesión! El campo de Marte, arrancado por el pueblo rey á los déspotas etruscos, volvía de nuevo á ver sus tierras maculadas por la tiranía; el Foro, en que los comicios se reunieran tantas veces, ahora soportaba semejante turba de cortesanos; la tribuna de los Rostros, erigida cerca de la cuesta conducente al Capitolio y en el término de la vía Sacra,

aquella tribuna, resonante un tiempo, en tiempo de libertad y de república, parecía propia en este horrible trance de los actores y de los cómicos; la colina capital, sublime ara de todos los derechos, fuente misteriosa de todas las ideas, consentía que la oprimiese y hollase quien iba para siempre á deprimirla y deshonorarla, pues la Ciudad Eterna parecía en las demencias de aquellas fiestas serviles como una mascarada infinita en una orgía inacabable, inmensa, encareciendo y celebrando todos los vicios y todos los horrores conexos con la espantosa y tremenda tiranía.

No se pueden referir los extremos de largueza que César hizo para captarse al pueblo y los extremos de vicios en que á su vez cayera el pueblo al caer en la servidumbre y aceptar como de justicia tantos materiales dones. El sacerdocio volvió sus espaldas á los dioses para celebrar en cultos orgiásticos la tiranía y el tirano. Un coro sacro surgía de todos los templos, en loor, no de ninguna divinidad, en loor de un hombre. Mientras todos los cleros acudían á fiestas litúrgicas, todos los ciudadanos acudían á cenas verdaderamente babilónicas. Trescientos mil ciudadanos á una misma hora se tendían en setenta mil lechos, ante veintitrés mil mesas, para holgarse atracándose hasta reventar y bebiendo hasta enloquecer, en celebración de su triste

desventura. Las célebres lechadas de lamprea, que se disponían tan sólo para las mesas aristocráticas; el vino de Phalerno y de Chíos que bebieran los nobles, manjares y licores propios del más exquisito epicureísmo, pasaban á la plebe romana en aquella terrible noche de alegría, tras cuyos envilecedores sueños debía venir un despertamiento en eterna esclavitud tan horroroso. Cien dineros de oro, diez modios de trigo, diez libras de aceite, el cuantioso alquiler que daban los habitantes pobres por sus casas á los ricos, todo esto y mucho más se repartió entre las clases inferiores. De los veteranos no hablemos. Cinco mil dineros cada legionario, diez mil cada centurión, cuarenta mil cada tribuno militar. En el Foro nuevo millares de gladiadores con relucientes armas y armaduras murieron, á fin de que pudiera percibir el pueblo la sangre humeante, ver la carnicería de un combate horroroso, gozar las crueles sensaciones que trae consigo el espectáculo de la guerra. Por primera vez combatieron los esedarios en sus carros de combate llevando sus mujeres junto á ellos, y aparecieron las girafas entre bosques de árboles tropicales improvisados, y murieron los elefantes en lucha los unos con los otros, y bajaron los caballeros al circo hechos gladiadores, y los patricios representaron en el teatro para que pudiera el pueblo gozarse y enorgullecer-

se viendo á los antiguos nobles envilecidos hasta ser sus mercenarios bufones. El Foro se convirtió en colosal naumaquia, sobre cuyas aguas combatieron tantas naves, que parecía el simulacro una verdadera batalla de las muchas sostenidas por los marineros romanos en sus largas navegaciones. Costando cada onza de seda una onza de oro, el dictador tendió sobre la cabeza de los ciudadanos, á quienes reuniera en el circo Máximo, un toldo inmenso tejido de tan preciosa materia, y no se cansaban de calcular su valor incalculable y de recrearse con sus espléndidos colores. El mármol sustituyó al granito antiguo; el dorado relució en los mármoles; la espina ó línea transversal del estadio mostró los obeliscos más hermosos, las estatuas más erguidas; mientras de un lado en el agua nadaban monstruos rarísimos y de otro lado en las arenas combatían unas contra otras las fieras del desierto. Una procesión inmensa, llamada cívica, servía para completar con sus galas y esplendores la procesión del triunfo militar. Tiros de mulas, yuntas de bueyes, parejas de colosales elefantes, arrastraban carros áureos y argénteos, donde iban las efigies de todos los dioses; danzas pírricas en que bailaban mozos y mozas sin tregua seguían á los carros; luchas de atletas desnudos seguían á las danzas; cazas de fieras, en que figuraban leones,

leopardos, tigres, seguían á los atletas; animales nunca vistos, como el avestruz, como el cocodrilo, como el hipopótamo, como el rinoceronte, como la girafa, seguían á los animales ya conocidos de Roma; los esclavos representaban de veras á Hércules consumido por las llamas, á Prometeo con sus hígados devorados por los buitres, y al volverse á su palacio del Monte Palatino el vencedor, cien elefantes, llevando sobre sus lomos candelabros gigantes de un cristal tan reluciente como el cristal de roca, daban á las calles romanas el aspecto de las zonas y de las constelaciones del cielo.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar las particularidades contenidas en todos los historiadores de aquel tiempo respecto del rebajamiento y adulación universal. El Senado se vició y envileció hasta merecer con justicia la suerte infame que le deparaba César. Sabiendo cómo le borraría prerrogativas y privilegios para disminuirlo hasta envilecerlo y anularlo, decretóle toda suerte de honores. Por tales decretos las ceremonias religiosas en honor suyo debían durar cuarenta días con cuarenta noches. La irreverencia cometida por el Senado de otros tiempos, concediendo á Camilo por sus virtudes los carros y los corceles blancos en su triunfo, irreverencia no permitida por muy castigada, se repitió ahora sin castigo. Nombrósele pre-

fecto de las costumbres y juntaron sobre su persona el mando civil con el mando militar. Su sede curul debía brillar orgullosa entre las sendas sedes curules de los cónsules. Su presencia en el circo implicaba la dirección y gobierno de todos los festejos y de todos los espectáculos. Su estatua de marfil debía ir en procesión acompañando las estatuas de los otros dioses y ser colocada en el Capitolio frente á la efigie misma de Júpiter. Un globo inmenso de bronce, dorado luégo, fundieron para poner sobre su cima la estatua colosal, en significación de que dominaba la tierra y frisaba su cabeza con el cielo. Su nombre se puso en el frontón del Capitolio. Las palabras sacramentales, dichas en las fiestas religiosas, se repitieron en sus fiestas. Los principales cautivos murieron en la prisión mamertina para que tuviera esta divinidad imperial de todo en su triunfo, hasta sacrificios humanos. La princesa del Egipto, Arsinoe, con el primogénito de los reyes de Numidia, bailaron ambos en las danzas pírricas. El Foro Julio se le consagró por entonces. Habiendo puesto por su mano los fundamentos, el pueblo quiso que se acabase bajo su dictadura. Entre las líneas del antiguo Foro y la pendiente del Quirinal se levantaron largas y brillantes galerías de mármol con basílicas, baños, teatros y circo. En el centro de tales construccio-

nes elevóse un templo á Venus, que resplandecía con la gran coraza de perlas regalada por César á la diosa en el campo terrible de Farsalia. Como quiera que se había ideado el dictador una estirpe genealógica, en la cual entraba como abuela suya la diosa del amor, no debían faltar adulaciones encaminadas á las apoteosis de su persona y al entroncamiento de su nombre con el nombre de los dioses en aquella universal adulación. Viendo los reyes en su cortejo; los pueblos bajo su yugo; el Senado á sus plantas de rodillas; los dioses, descendiendo á uno de los altares, para confundirse con sus cortesanos; toda resistencia concluida; toda virtud acabada; la humanidad hecha un rebaño; la lengua elocuentísima de la tribuna romana vibrando palabras múltiples de adulación servil y envidiosa; el cielo puesto como una corona sobre la tiranía; el derecho completamente olvidado; aquella ciudad, que generara los hombres de la república, engendrando solamente los esclavos del cesarismo; César se creyó superior á todas las debilidades humanas, exento de la muerte, fuera tanto de las leyes mecánicas como de las leyes fisiológicas y de las leyes morales que rigen á la humanidad y al universo, colocado allá tan alto como cualquier dios, creencias las cuales concluyeron por desquiciar su mente y turbarle de tal modo que las gen-

tes á una le creyeron loco y hasta lo sospecha la historia.

Pero he ahí el irremediable defecto de todas aquellas épocas, en las cuales el espíritu y la virtud viva de las ideas ceden su lugar á la materia y á la fuerza y á lo que llamamos la muerta letra. Concluía César de romper los últimos republicanos en la hermosa Bética nuestra, y á semejante hazaña de guerra civil, triunfo de unos romanos sobre otros romanos, la llamó conquista. Siguiéronse los triunfos ya descritos, con el mismo ritual tras la procelosa victoria de Munda, y sólo hubo en ellos de particularísimo la representación de unos autos hablados en todas las lenguas, á fin de que pudieran alcanzarlos y entenderlos el sinnúmero de bárbaros caído sobre Roma tras las victorias de César. Acabados los aparatosos triunfos continuaron las innumerables letanías de loores sin cuento y de adjetivos sin medida. Llamáronle dictador, llamáronle padre de la patria. Le invistieron de la inviolabilidad legal con que revestía el pueblo á sus tribunos, le decretaron las dignidades varias por diez años y la imperial por toda la vida. Concediéronle que vistiese hasta en su casa particular el traje de los triunfos y que llevase perpetuamente corona de laurel. Su busto apareció en las monedas, cuando antes no se había concedido á los primeros entre los romanos

más facultad que grabar en las monedas sus nombres. Por tal modo lo asediaban sus mayores enemigos de prerrogativas mezcladas con lisonjas y adulaciones, que rehusó la facultad insólita de tener lo que llamamos ahora en el habla palatina guardia de corps como personal seguro. El Senado juró por su nombre cual pudiera jurar por el nombre de los dioses. Muy etiqueteros en aquel tiempo y en aquella ciudad, como suelen serlo todas las sociedades aristocráticas, ofendíanse los patricios con César cuando, al presentarse envilecidos á su persona para ofrecerle todas aquellas honras, se quedaba en su asiento erguido como un dios en su ara, y no se ofendían de los viles privilegios por ellos decretados y decernidos en su afán de servidumbre. Viendo todo esto, viendo cómo le habían hecho, no ya pontífice, Dios; no ya emperador, tirano, maravillase aún el pensamiento más advertido por las lecciones históricas del vocerío y horror que se armó en Roma cuando algunos de sus partidarios intentaron revestir á César con el título de rey. Pues qué ¿no lo era? ¿No era más, pero mucho más, que todos los antiguos reyes? Ni el sacerdotal Numa, ni el heroico Rómulo, ni el popularísimo Servio, ni el hábil Anco Marcio, ni los voluptuosos y soberbios Tarquinos habían llegado á dominación regia con la dominación cesárea comparable, y los

que le cedieran sus almas y puestos de hinojos en el suelo se hacían pisar por los pies ensangrentados de aquel hombre, resistíanse á decorarlo con el título de rey, cuando á más que á rey lo habían alzado en su demencia por adular á la tiranía y vivir en paz con su vergonzosa triste servidumbre.

Pero los timbres y signos de la monarquía iban reapareciendo por doquier. Las estatuas de César brillaron en aquellos días con guirnaldas de laureles, sobre las cuales se alzaban diademas de oro. El pueblo las arrancó por mano de sus tribunos como si, con arrancar aquellos despreciabilísimos símbolos materiales á su efigie, hubiesen realmente arrancado á César su terrible tiranía. Algunas voces de gente pagada se oyeron al paso del dictador, llamándole rey; mas como la muchedumbre se horrorizase y se pusiese á extinguir las con fuertes murmullos, pronunció César una de aquellas palabras expresivas del carácter y del genio suyo, diciendo: «yo no me llamo rey, yo me llamo César.» Pero los cesaristas no cejaban. Celebrábanse las fiestas lupercales, de antiguo consagradas á un dios completamente romano, el cual protegía las ovejas contra los lobos. Y en estas festividades iban fieles paganos, que si bien copiaban en sus trajes á los pastores de Arcadia, copiaban en sus transportes á las bacantes de India, con largas